

EL ROSTRO DE LA VERDAD de Simón Gracia Lacaba

Ella me espera en el acantilado. A sus pies el mar choca contra la roca, enfurecido porque no puede alcanzarla, su frágil cuerpo está muy lejos de sus aguas.

Agua cristalina, calmada, se ve a lo lejos, donde se difumina hasta entremezclarse con el cielo. Y allí, en esa delgada línea entre tierra y cielo, reluce una bola de fuego. Es el sol que, perezoso, arranca luminosos destellos a su piel, tornándola de suave color bronce. Parece como si se quisiera despedir de ella en su lento descenso, hasta desaparecer tras el horizonte. Es el mar el que lo traga, cuando él se sumerge en sus aguas y abandona el cielo, dejando como recuerdo las pinceladas de su última estela. Ella forma parte de ese paisaje, de esa armonía. Pero no les pertenece.

No les pertenece porque es mía. Aunque el viento trate de reclamarla alborotándole el cabello, aunque el sol insista en besar su piel dorada, aunque el mar trate de reclamarla con sus cantos de sirenas; mi voz la ancla a la tierra. ¿Qué cómo lo sé? Lo sé porque la llamo y ella se vuelve. Me ve y sus ojos se iluminan de una manera que nada tiene que ver con la luz o el brillo, le revuelvo el pelo y se estremece como no lo ha hecho con el viento. Es increíble que no pudiera verlo. Vuelvo atrás una semana, unos días. Cuando pensé que mentía. Cuando pronunció aquellas palabras, las mismas que habían hecho pedazos mi corazón una y otra y otra vez, que había jugado conmigo. Sin quererlo la relacioné con ese sentimiento de dolor, de traición, de locura. La relacioné a ella con todas aquellas otras que, crueles y venenosas, se habían hecho un hueco en mi interior para destrozarme desde dentro. ¿Cómo pude? ¿Cómo pude compararla a ella con las demás, a la luz de mi vida con la oscuridad de mi mundo? La veo ahí de pie, indefensa y expuesta, preparada para otro rechazo y se me parte el alma. Porque fui yo el que la atacó con las palabras, el que la ofendió con los gestos. Fueron mi orgullo y mi dolor los que me llevaron a rechazarla, a herirla, a protegerme.

Y ahora la miro y parece que la veo por vez primera.

Esos ojos negros... Esos ojos negros que guardan mil secretos sobre la vida, sobre el universo, sobre ella y sobre mí. Sobre los momentos que pasamos juntos haciéndonos reír, las bromas y tonterías que me hicieron tan feliz. Los ojos que hablan de su valentía, de su entereza, que no se andan con chiquitas y dicen las cosas a su manera. Sin filtros, sin medias verdades; ventanas directas a su corazón, sin cristales.

Esa boca roja... Esa boca roja que encierra mil palabras sobre sus sentimientos, sus emociones, sus recuerdos. Sobre los besos que aún no me ha dado, las sonrisas que no me ha dedicado, pero que están todavía por venir. La boca que dispara verdades certeras a una diana de pudorosos falsos, y cura así mismo heridas con susurros, como un bálsamo. Benditos labios.

¿Cómo va a mentir ese rostro? Si mintiera yo lo sabría. La conozco, es parte de mi vida. Sé interpretar cada palabra, cada gesto, cada movimiento. Somos amigos, tan cercanos que cada palabra suya está encadenada con una frase mía, cada gesto es una expresión de mi sentimiento, cada movimiento suyo es una extensión del mío. Y aún así dudé de ella, la dañé con mi desconfianza. Temía tanto salir herido, que no dudé en ser yo quien la lastimara.

Ahora es la hora de pedirle perdón. El momento de que me trague mi orgullo y me deshaga de mis miedos, de aceptar que la quiero como parte de mi vida. Que la quiero. Quiero compartir con ella mis noches y mis días, despertar a su lado cada mañana y acurrucarnos juntos en la cama. Viajar y ver mundo, comer pizza los martes, pasear de la mano, reír mucho y emborracharnos del olor del suavizante.

Es hora de que hincó la rodilla ante ella aquí, en la tierra húmeda del borde del acantilado, y le pida perdón. Aquí es donde debo suplicar por su indulto y confesarle mi verdad, hacerme dueño de mis errores y responsable de sus deseos. Aquí es donde al fin, después de tanto tiempo en la cuerda floja, debo arriesgarme y reclamarla ante viento y marea, ante cualquiera que nos vea.

Porque ahora sé que lo que ella dijo es cierto. Cuando me arrodillo y ella me mira, me sonrío y yo me estremezco.

Porque cada vez que la miro me doy cuenta, es el rostro de la verdad el que me dice: `te quiero`.